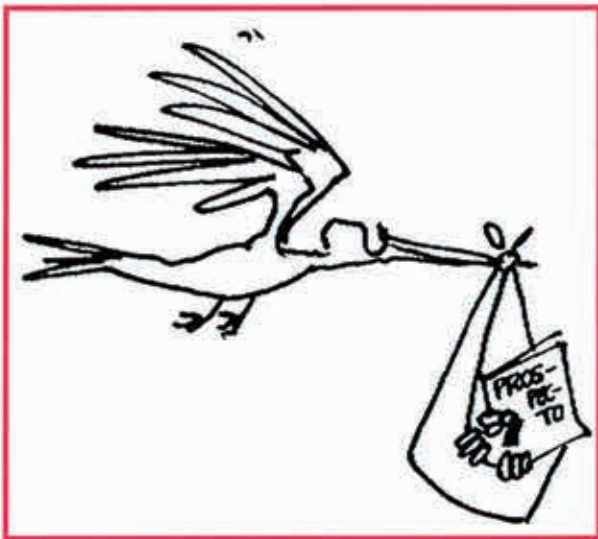


Vivir: un aprendizaje permanente

—María Menéndez-Ponte—



La vida sólo puede ser comprendida hacia atrás, pero únicamente puede ser vivida hacia adelante.
(KIERKEGAARD).

Un libro de instrucciones

De pequeña me preguntaba a menudo por qué no veníamos al mundo con un libro de instrucciones bajo el brazo. Desde luego a mí me hubiera hecho mucha falta, porque me la cargaba por casi todo lo que hacía. Y puedo decir sin sonrojo que, por mi parte, no había el menor asomo de malicia. Simplemente ignoraba lo que se esperaba de mí en cada momento. El mundo me parecía terriblemente complicado y difícil. Y los adultos, terriblemente contradictorios: lo que por la mañana era "a" por la tarde era "b". Y lo que a "A" le parecía estupendo a "B" le sentaba como un tiro en el estómago. Así no había quien se aclarara.

Así que cuando fui a mi primer cole-

Hay personas que, desde el mismo instante de nacer, se adaptan a este mundo con una asombrosa facilidad y se mueven en él como pez en el agua. En cambio, hay otras, entre las que me incluyo, que necesitan un largo periodo de aclimatación; a veces este periodo llega a prolongarse toda la vida.

gio, uno de monjas, no aprendí nada de lo que se suponía tenía que aprender, o sea, matemáticas, ciencias naturales o geografía; pero sí aprendí otra serie de cosas que a la larga, creo, me han sido de mayor utilidad. Claro que la conciencia de haber aprendido algo en esa época no la tuve hasta que nació el primero de mis hijos. Hasta entonces guardaba esa etapa en mi caja fuerte como algo vergonzoso que era preferible ocultar.



Es incomparablemente más fácil tener grandes conocimientos, por ejemplo, sobre la historia del arte, y poseer profundas ideas en torno a la metafísica y la sociología, que saber personalmente muchas cosas acerca de los propios semejantes y mantener relaciones satisfactorias con los propios amigos, con los padres, con la mujer y con los hijos.

(ALDOUS HUXLEY)

1

La observación: primera vía del conocimiento

Sin embargo ahora, volviendo la vista atrás y rastreando en el baúl de los recuerdos, puedo comprobar que fue una de las etapas más ricas y fructíferas para mi persona. En esos años no aprendí matemáticas, pero aprendí otras muchas cosas, como digo, de mayor utilidad. Por ejemplo, aprendí a **observar** a las personas; no sólo su aspecto externo, sino su comportamiento.

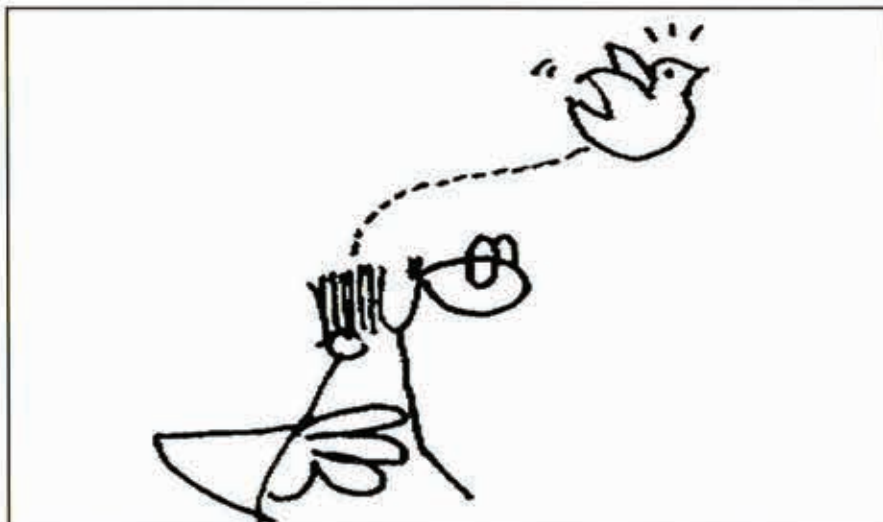
Lo que explicaban las monjas sobre

las diversas asignaturas me interesaba muy poco, por no decir nada; pero, en cambio, observar sus gestos y tratar de adivinar sus pensamientos me interesaba enormemente. Unas personas que vestían hábito negro y toca, vivían en un lugar inaccesible y prohibido llamado "clausura", llevaban una "chasca" para conducir las filas de alumnas por los interminables corredores del colegio y llamaban "salir" al cuarto de baño eran razón suficiente para avivar la curiosidad de un niña que de por sí ya era terriblemente curiosa (a pesar de que mi madre afirmaba que carecía de curiosidad. Pero la verdad es que teníamos curiosidades diferentes).

Claro que las monjas no eran el único objetivo de mi curiosidad. También lo eran las niñas. Por un lado, las buenas y sabihondas. Las que siempre hacían lo que se esperaba de ellas y tenían en la punta de los labios la respuesta correcta. (Yo albergaba la esperanza de que alguna vez se confundieran o fueran cogidas en falta, no por mala idea, sino para saber qué tipo de catástrofe o de reacción se desencadenaría, pero me quedé con las ganas, porque nunca ocurrió tal catástrofe; lo mismo que nunca se le cayó a ninguna monja la toca, que era otro de mis deseos -sollamos hablar entre las niñas de cómo llevaban el pelo, si afeitado, recogido o simplemente cortado). Tan perfecta fue la observación de las sabihondas que, años después ya en otro colegio y por circunstancias que no vienen al caso, me convertí en una de ellas.

Por otro lado, estaban las niñas descaradas, las que se atrevían a dar malas contestaciones, a escaparse o a bombardear la clase; en definitiva, manifestar abiertamente su rebeldía. Ellas tenían toda mi admiración, pues hacían lo que yo, por timidez, no me atrevía a hacer (excepto mi último año en ese colegio, en el que la rebeldía pudo a la timidez). Y finalmente, el resto de la clase: niñas ni muy buenas ni muy malas, ni muy sabihondas ni muy ignorantes. Todas ellas me interesaban también -aunque en menor medida-, porque todas tenían algo: un tic, una forma de mirar, una característica física o una forma de expresarse que las hacía diferentes.

La vida es un medio para el conocimiento. Con este principio en el corazón, no sólo se puede vivir bravamente, sino vivir y reír con alegría.
(NIETZSCHE)



La imaginación: segunda vía del conocimiento

2

Y todas ellas -sin saberlo- eran protagonistas de mis historias, las que me tenía que inventar para soportar el aburrimiento de aquellas interminables clases, donde la silla llegaba a formar un todo con el cuerpo. Si, **inventar y fantasear** fueron otras de las numerosas cosas que, sin apenas darme cuenta, aprendí por necesidad. Claro que entonces creía -porque así me lo hacían creer- que eso era algo malo, terrible: la causa que me impedía aprender, que me obligaba a distraerme continuamente. Y lo creí hasta que nació mi primer hijo. Cuando comprobé la fascinación que sentía por las historias que le contaba: inventadas, reales o falseando la realidad.

Me escuchaba con la misma atención con que yo misma escuchaba los cuentos que me contaba la niñera que me cuidaba de pequeña. Podía escuchar mil veces el mismo cuento con la misma fascinación y atención que la primera vez. Y tomaba parte muy activa: "No, no era así, la ardillita iba en vespa..." "Pero, ¿el collar no era de perlas?". "Cuéntame la vez que hiciste pis en la papelera..."

¿Por qué esas historias y cuentos eran tan fascinantes, mientras que las clases resultaban tan aburridas? Supongo que son muchas las razones, pero la principal es porque te hacían vibrar, te hacían sentirte vivo y reflejaban de algún modo tus intereses y preocupaciones: el miedo, los celos, el futuro... Pero esta reflexión, casi obsesión, ya no me ha abandonado nunca: ¿por qué no utilizar los recursos que

nos presentan los cuentos tradicionales y los relatos de todo tipo? ¿por qué no trasladar la técnica de la narración oral a las aulas?

Desde luego cualquier alumno se acordará para siempre de Felipe II si le cuentan con detalle su vida (no me refiero a las fechas de su nacimiento y de su muerte, sino a esas pequeñas anécdotas que a todos nos gusta conocer); y nunca olvidará la batalla de Lepanto si le narran con todo lujo de detalle cómo transcurrió la famosa batalla, poniendo emoción en el relato, como cuando uno cuenta una película. Entonces Felipe II podría pasar si no a la historia, a la cual ya ha pasado por ser rey, sí a la memoria de muchos estudiantes que, de otro modo, lo olvidarán en cuanto aprueben el examen de turno.

Sí, Felipe II, los Reyes Católicos o Carlos V pasarían a formar parte de la memoria de cualquier estudiante igual que han pasado a su memoria personajes como Pinocho, Alicia o El Gato con Botas. Pero me refiero a la historia como mero ejemplo, ya que la imaginación y las técnicas de la narración oral también son transportables a las matemáticas o a cualquier otra área del conocimiento. Que no piensen los profesores que en el área de ciencias no hay cabida para ellas.

La vida es la revelación de nosotros mismos. Cada día nos descubrimos. Sólo con la muerte se completa.
(UNAMUNO)



3 De la rebeldía al análisis

Imaginar, inventar y fantasear constituyen, pues, uno de los pilares básicos sobre los que construir el aprendizaje, lo mismo que la rebeldía o falta de conformismo conduce al **análisis**, otra vía de conocimiento. Naturalmente a esta última conclusión, lo mismo que a la anterior, no llegué en aquella época. Lo cual fue una pena, porque me habría ahorrado, entre otras cosas, la mayoría de mis miedos infantiles, que fueron muchos.

Vivir es asombrarse de estar en el mundo, sentirse extraño, lleno de angustia ante la contingencia de dejar de ser, comprender la constante posibilidad de extraviarse, estar siempre alerta a lo genuino y a lo espúreo, a la verdad y al error.
(RAMIRO DE MAZTU).

He dicho antes que no me interesaba ninguna de las clases. Miento. Había una que sí me interesaba y mucho, la de religión. Me interesaba porque nos contaban historias de la Biblia, del Antiguo y del Nuevo Testamento. Y, lo mismo que cualquier tipo de historia, ejercían un gran poder sobre mí. Lo malo es que me quedaba llena de dudas, por-

que mi pudor y mi miedo al ridículo me impedían exponerme a la vergüenza de cometer cualquier tipo de herejía, lo cual era muy fácil. Bastaba con poner en tela de juicio la explicación "oficial" para ser "excomulgada".

Me explico. El Dios del Antiguo Testamento era un Dios que mandaba plagas y diluvios, cambiaba lenguas y convertía a la gente en estatuas de sal. Sin duda, era un Dios Todopoderoso. Y en esto insistían mucho las monjas: era un Dios que estaba en todas partes, siempre vigilante y al acecho. Nos vigilaba las veinticuatro horas del día. Podéis comprender mi miedo: Él veía como yo, cada dos por tres, transgredía las normas que tanto me costaba comprender e interiorizar. Así que sólo podía contar con que la segunda vertiente de esa imagen de Dios: Misericordioso, pudiera más que la primera y le impidiera hacerme un nudo en la lengua o mandarme cualquier otro castigo.

A mí ese Dios, que unas veces se presentaba como Dr. Jekyll y otras como Mr. Hyde, no me casaba. Lo mismo que, años más tarde, tampoco comprendía por qué Aristóteles tenía más razón que Platón. Ni por qué la teoría de Santo Tomás era más válida que el panteísmo de Spinoza. Y es que las teorías eclécticas me parecían de segunda mano, carentes de originalidad. No pasaban de ser una apropiación de las teorías de unos y otros refundidas y reconducidas por el camino de la "verdad". Así que mi mente se rebelaba contra un único camino. Y esa rebeldía, sin yo saberlo, me obligaba a analizar: por un lado, a ver que cada doctrina tenía su parte de razón y, por otro, a desmontar verdades que se me daban como ciertas.

Gracias a esa rebeldía interna, aprendí a analizar sin juzgar. Aprendí, como dice Parménides, que todo fluye y todo puede cambiar. Aprendí a ponerme en la postura de otro. Aprendí que las cosas no son blancas o negras. Aprendí a valorar cualquier punto de vista. Y gracias a esa rebeldía, creo en un Dios menos mago, menos todopoderoso, pero más humano y más próximo.

La vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es.
(ORTEGA Y GASSET).

Así que esos años que yo, en su momento, consideré baldíos, han sido los que me han permitido comprender el sentido último del aprendizaje. Los que me han enseñado qué vías son válidas para aprender significativamente. Los que me han enseñado que la vida es un aprendizaje permanente. Y los que me han enseñado a disfrutar de ese aprendizaje diario.



ACTIVIDADES (Escuela de Padres)

1. Comencemos la reunión de grupo contestando a esta pregunta: ¿Qué es lo que aprendimos hoy... en la calle, en casa, en el mercado... aunque sean cosas muy pequeñas? Que cada uno se suelte y diga lo suyo.

2. Suele decirse que todo buen aprendizaje responde a una actitud interrogativa, esto es, a algo que nos preocupa y no sabemos darle solución. Soltemos la lengua y digamos «cosas que nos preocupan y quisiéramos saber cómo arreglarlas». Alguien lo va anotando rápidamente por palabras clave en el encerado.

3. Ya tenemos dos pasos: lo que aprendimos hoy y lo que deseamos aprender. Demos un tercero: ¿qué hicimos hoy para que otros aprendan algo? ¿Aprendieron, por ejemplo, tus hijos algo hoy contigo? Se afirma que el intentar que otros aprendan es una excelente manera de aprender uno mismo.

4. ¿Con quién aprendes mucho, dónde, cuándo, cómo, por qué? Ahí tenéis el guión de vuestra reunión en grupo. Verás cómo el próximo día cada cual trae nuevas anécdotas de cómo se aprende a vivir en la vida ordinaria y tal vez alguien sea capaz de contar su propia historia de aprendizaje permanente, tal como se cuenta también en el artículo.